

La limeña librería El Virrey

Chachi Sansieviero

Cuadernos Hispanoamericanos me ha solicitado compartir con sus lectores algunas anécdotas de esta vieja librería impertinente. Halagada por tan desmerecido encargo, me pregunto qué vale la pena contar de las tantas aventuras inenarrables que transcurren en el pequeño mundo de una librería.

Recién llegados a Lima, 1973, instalamos una modesta librería acorde con los ahorros guardados para un prolongado exilio uruguayo. Treinta y cinco años después, el páramo que nos rodea por el cierre de tantas librerías nos ha convertido en la librería más importante de Lima, triste deferencia.

Librería El Virrey fue el nombre más apropiado que escogimos al llegar a este mágico país, porque rememora la Conquista como un reconocimiento a la escritura que traen los españoles a estas tierras de cinco mil años de historia. El Perú, uno de los siete grandes imperios que existieron en la historia de la humanidad, curiosamente carecía de escritura aunque contaba con sistemas simbólicos como la fórmula rudimentaria llamada quipu y una cierta marginalia ornamental en ceramios y textiles pre-incas. A pesar de ello, desarrolló en esos tiempos conocimientos que hasta hoy son objeto de investigación en campos como la medicina, la cosmología, la agricultura, la arquitectura y el arte.

El grabado que nos caracteriza (escogido de los dibujos de Huamán Poma de Ayala), muestra la figura del Inca Atahualpa portando en una mano un libro y en la otra un quipu, como señal de la sabiduría de un pueblo abierto a conocer otras culturas. Los

cronistas cuentan que cuando el Inca supo que ese libro contenía la palabra de un dios que se contraponía a los mandatos de su padre, el dios Sol, segundos después de esa instantánea gráfica, tira al suelo el objeto blasfemo, reivindicando el legado divino de su pueblo.

Desde su fundación, la librería El Virrey asumió el compromiso de difundir los valores ancestrales de esta cultura, especializándose en el libro peruano. Bajo esta consigna, al principio competimos en un espacio preñado de ilustres libreros locales que, lamentablemente, ya han desaparecido.

Treinta y cinco años después, hoy podemos decir que somos consecuentes con su ejemplo y que cultivamos y enseñamos este viejo y apasionante oficio que guarda algunos secretos inconfesables.

Más allá de ser un archivo memorioso de lo que otros escriben, el librero es un eterno candidato a letrado, multidisciplinario. Candidato digo porque, salvo particulares excepciones, nunca termina de leer un libro. Por curiosidad o interés sincero y hasta por un simple gesto mecánico, es difícil no encontrarlo hojeando un libro. Ideas, pasiones o testimonios de seres admirables, pero también odiosos alegatos que contienen sus páginas, nos obligan a retener un libro en nuestras manos. Si el texto es interesante quizá se logre avanzar unos capítulos, pero si nos captura, no hay duda que ese libro irá a sumarse a la ruma de aquellos de «lectura obligatoria» que tal vez tampoco serán leídos en su ambiciosa extensión, pero que estarán más cerca, en el escritorio o en la mesa de noche.

El trajín cotidiano de la rutina librera o las espontáneas tertulias que se arman con lectores y escritores –amigos o extraños–, ocupan gran parte de una jornada de más de diez horas. Desde discusiones apasionadas hasta novedades vinculadas al ambiente político o cultural, han hecho que el librero tenga fama de estar bien informado y no son pocos los que nos señalan como unos chismosos implacables.

Para ser justos, el librero es un ser con mucha paciencia, que conoce a todo el mundo y atiende (o intenta hacerlo), a todos por igual. No quiero decir con esto que no tenga deferencias o particular afecto a ciertos visitantes. Pero si de valorar su tiempo se

trata, es más el tiempo que dedica a esos anónimos o singulares personajes que vienen a pasar sus ratos libres abusando de un librero amable y condescendiente.

Amable no es precisamente el calificativo del librero vivo que más admiro. Ceñudo y de apariencia tímida, el entrañable Chus-Visor (como se lo conoce en el ambiente), es el paradigma de quienes pretendemos enaltecer al libro como un objeto estético. Antes que librero, Chus fue el joven lector apasionado en los tiempos del franquismo y el osado editor que alimentó con sus libros clandestinos los ideales revolucionarios hechos poesía en una España decadente.

Mi maestro fue Eduardo Sanseviero, gran librero y discípulo de Don Domingo Maestro, notable librero uruguayo. La debilidad de Eduardo fue el ajedrez, la historia y los libros antiguos. Pero también amaba la poesía y tenía el extraño don de traerlas a la tertulia en forma de chascarrillos. Comunista impenitente, en tiempos de despotismo disfrutaba organizando en su pequeño entorno, conciliábulos conspirativos. Pero al final del día, volvía a su plumero y al orden de sus libros.

A doce años de su ausencia, sus hijos y yo mantenemos firme la vieja escuela del librero. La ubicación de los libros, su clasificación alfabética por autores dentro de sus respectivos temas y la exhibición discreta y selectiva –detalles que hoy van camino a ser una entelequia–, son el catecismo de todo buen librero que se respete. Me refiero a aquellos que se identifican con el mote de «independiente» en contraposición con lo que hoy se conoce como librerías de «gran superficie», verbigracia, los supermercados del libro.

Hoy los libros vienen sellados con preservativos de plástico que impiden consultar los índices o verificar que la trama del escritor sea digna de llevarla a casa. Los grandes lanzamientos editoriales invaden los espacios visuales y emotivos del lector curioso, buscando lo que ahora se llama la «compra por impulso». Cómo no denunciar entonces, las múltiples reediciones que pretenden pasar como obras primas y que, con responsabilidad de autores y editores, van a las máquinas picadoras para volver a ser reeditadas y en esa noria, cumplir las metas de tiradas y ventas anuales de las transnacionales del libro que hoy nos gobiernan.

